

## Los chicos de Cañitos hoy comemos

A pesar de que la hora de inicio estaba estipulada para las cuatro de la tarde, eran ya las cinco y el espectáculo aún no comenzaba. Los familiares de los actores ocupaban la totalidad de la sala y ya se estaban impacientando. Un sutil olor a comida invadía el aire, tal vez como parte de la ambientación del acto que este año tenía como inspiración a la comida. “Los niños de Cañitos hoy comemos” era el título del espectáculo. Las luces de la sala se apagaron y una voz en off informó que comenzarían con un video sobre las actividades de los chicos durante el año. Luego de quince minutos, cuatro canciones de Arjona y más de cien fotos de niños, la voz dijo “la sala rosa come brochette”. Se abrió el telón y desfilaron los padres de los niños más pequeños, todos en fila unidos por una cuerda y cargando a sus hijos disfrazados de pedazos de cebolla, morrón, carne (de pollo, de vaca y de cerdo). Los aplausos y las expresiones del tipo “ay, mirá lo que es eso” se repetían mientras la brochette recorría el escenario al ritmo de un tema de los Blues Brothers. Siguió el turno de los de sala turquesa, que hicieron “guiso de lentejas”. Primero aparecieron unos tres chicos vestidos de cebolla y “se metieron” en una cacerola representada por una tela negra detrás de la cual se escondían. Después vinieron los niños lenteja, los trozos de carne, los tomates, las chicas disfrazadas de zanahoria y los niños chorizo colorado (que miraban todo desde afuera hasta que se agregaron a último momento). Así continuó el acto, con sala naranja haciendo “ensalada de frutas”, sala amarilla haciendo “suprema al roquefort con papas noisette y pan de pizza” (el pan lo hacía un chico que había estado con paperas y no pudo ensayar la coreografía). Antes del plato fuerte, que era la actuación de los niños de preescolar, vinieron las muestras. Los chicos de taller de teatro hicieron una versión muy sui generis de Ricardo III, los de taller de bordado dejaron el escudo del jardín cosido sobre el telón del teatro, los pequeños de taller del automotor rectificaron un disco de freno de un Megane y los de taller de cirugía le pusieron un implante mamario a la directora (en realidad reemplazaron el que le pusieron el año pasado que, por haber sido el primer año del taller, quedó muy mal puesto).

Después de un silencio de casi veinte minutos se apagaron nuevamente las luces y comenzó a sonar un tema de Soledad Pastorutti. Las maestras, disfrazadas de gauchos, aparecieron en el escenario y los niños de sala de cinco se ubicaron a un costado, saludaron y luego formaron una enorme pata de cordero, tomándose unos de otros. La directora los roció con un líquido y la vice directora se acercó con un fósforo y encendió el fuego.

Uno de los padres le comentó a su esposa: “Con razón este jardín no articula con ninguna primaria”.

Mariano QUINTERO

## Listas en conjunción

En ese entonces andaba armando listas. Deseaba que estuvieran integradas sólo con objetos que debe haber en todo lugar y olvidárselas para siempre.

Escribí.

Mentalmente fumé, bebí, acciones que imaginé placenteras, ya que tanta gente las repetía, mientras que yo sólo consumo agua, ni siquiera soda, agua.

Mi lista seguía bajo sospecha, había escrito: cuchillo; y repetía lo mismo en mi cabeza, sin que se me ocurriera otra cosa. Mis listas usuales eran largas entre comas y conjunciones, por ejemplo, así y más así, sugerencias que de ser posible serían las que controlaban la realidad, una idea, un sistema de memoria.

Pensaba en cosas y no en mí. Cuando por casualidad me vi en el espejo, recién comprendí que era yo misma y no una historia tecleándose en la computadora; era mi cara y no mis palabras; de manera que el reflejo de mis manos ensangrentadas no pareció estar hecho para estar allí, en el reflejo.

Me provocó más asombro el cuchillo en su cuerpo, tan preciso. En la historia de mis manos, el gesto más artístico fue quemar la punta de un destornillador y darle forma a un tergotop; una forma que según se mirara probablemente sólo estaba en mi imaginación.

En su cara, algo abandonó la ficción y se metió en la realidad, justo en el segundo en que su vida hizo el camino inverso, desapareciendo en una dimensión de ficción, dejando el cuerpo que goteando tinta roja, iba escribiendo su historia en código Morse en el agua, punto, punto, línea.

Metí el dedo y la tinta roja se adhirió al recorrido de mi dedo como una firma. Luego la mano.

Lo escrito en el agua no se decidía por un género, cuento, novela policial, suspenso, el color rojo lo decidió todo, lo cubrió todo, borrándome a mí, a mi dedo y quien sabe el cuerpo que se fue deslizando elevando el nivel de la línea roja que comenzó a rebalsar.

Mis manos ganaron en blancura, no tuve más que secarlas, luego de lo cual agregué a la lista: toalla.

Volví a la computadora. Inicé una nueva lista, ahora con las cosas que generan algo con el menor peso posible y pensé: teclas; más livianas que una lapicera, más livianas que la hoja en donde una historia parece decirlo todo.

Mientras está en letras todo parece verdad, pensé, luego de lo cual la hoja quedó en blanco.

Ana ABREGÚ

Año VII – Diciembre 2012- Número 76  
Muestra Gratis

Web: [www.odradek.com.ar](http://www.odradek.com.ar)  
Blog: [www.odradek-odradek.blogspot.com](http://www.odradek-odradek.blogspot.com)  
Correo: [domiciliodesconocido@odradek.com.ar](mailto:domiciliodesconocido@odradek.com.ar)

## Vivir en la grasa

Tuve que atravesar el piso pringoso, tuve que patinar entre pedazos de carne y sangre para llegar al tablón que hace de mesa y alcanzar el celular. Por eso casi ni me muevo, por el asco que me da cruzar el living patinoso teñido de rojo.

Por qué te habré dicho que sí, eso es lo que me pregunto. Si estábamos tan bien los tres, tranquilos en Moreno... era una casita humilde rodeada de árboles y nos trajiste acá, con la promesa del progreso, de las luces de la capital... Fuiste vos el que insististe con venirmos a la ciudad y ahora estoy acá sentada, con el celular en la mano sin saber a quién llamar para contarle que ya la escucho llorar a Martita que se despertó con hambre, que quiere la mamadera, pero que no me atrevo, que me da asco, pensar en atravesar otra vez los restos de grasa para llegar a su cuna. Y llora Martita, llora sin terminar de comprender ella tampoco por qué nos dejaste sumergidas en este desastre color carmín. Ojalá estuvieras con nosotras y no lo digo porque te extraña, es que me da bronca que hayas hecho como si nada y te hayas ido a trabajar, me da un odio infinito saber que en este momento caminás sobre un piso limpio y seco mientras nosotras tenemos que engrasarnos con estos restos si pretendemos movernos por la casa, me gustaría que tomaras conciencia de la situación a la que nos sometiste a Martita y a mí. Porque para ella va a ser difícil olvidar este olor a muerto, por más que sea chiquita, como vos decís. “Martita no entiende nada”, decís vos, y yo te aseguro que sí, que no hay mente ni espíritu que pueda olvidar toda esta inmundicia que ya nos va a quedar impregnada en las fosas nasales, en las retinas, para siempre. ¿Esta es la vida “cómoda” que me prometiste? ¿Esto es “progresar”?

Intenté pasar un trapo pero la grasa se expande y a cada intento que hago por amontonarla en alguna parte la veo volver a desparramarse, va a ser imposible para mí y para Martita borrar de la memoria toda esta mugre, este enredo de tripas...

Nunca me lo voy a perdonar. ¿Por qué te habré dicho que sí? ¿Por qué no dudé un segundo cuando me dijiste que por fin habías encontrado un tres ambientes acorde a nuestro presupuesto? ¿Por qué no te pregunté qué querías decir exactamente con eso de irnos a vivir a una casa chorizo?

Yanina BOUCHE

## Insolación

Me acosté a dormir en la playa, a pleno sol. Alisé la arena gris y gruesa, húmeda, plateada casi. Apoyé la espalda en el suelo, meciéndome leve -imperceptiblemente- presionando hacia las capas más bajas, hacia el fondo de la tierra. Quería hacer un pozo ligero, una cavidad, un molde con la forma de mi cuerpo. Mis pies ondulaban con el aire caliente, interrumpiendo la línea sintetizada del mar.

Extendí los brazos a la altura de los hombros e inicié un aleteo lentísimo que terminaba debajo de mi cadera, usando las manos como paletas barredoras, los ojos entrecerrados. Rozaba, adivinando, pequeños guijarros, tapitas hundidas y abolladas, ínfimos trozos de madera, caracoles, pedazos de caracoles.

Algo tocó una de mis manos, levanté mi cuello y un párpado para ver mejor. Una piedra se había acercado hasta mí. Una piedra no muy grande, pero cuyo silencio era poderoso. La piedra tenía forma de pez.

Se parecía a un pez con forma de piedra que asomaba por una grieta en una pared que ahora recordaba, eternizado en su gesto de asomo, aplacado y cohibido por el parloteo neutro de otras figuras que aparecían y desaparecían a su alrededor. Algunas provenían de mi imaginación. Otras ya estaban ahí.

Yo sólo quería dormir profundamente. Dormir como una piedra que flota como un pez.

Nora MARTÍNEZ

## El curso de la vida

Unos días después el coronel, de izquierda a derecha, detuvo su mirada en cada uno de nosotros. Distráido. Parecía no saber qué hacíamos de pie, en el patio de su casa un domingo por la tarde, un día radiante de primavera. Éramos jóvenes, pero no éramos sus *soldados* ni sus hijos. Estaba ahí su sobrino, pero también cinco más que parecíamos esperar unas palabras. O al menos una orden.

Me pareció que el coronel trataba de improvisar, intentaba decir algo que sonara importante. Unas palabras de esas que los jóvenes no olvidan, de esas que escucharon alguna vez de un maestro, o de un amigo mayor. Nunca del padre. Palabras dichas por un coronel retirado, un hombre que desciende de San Martín, de los fundadores de la patria. No se le ocurría nada. Con un gesto indicó un largo banco que estaba contra la pared cubierta por una enamorada-del-muro que tapizaba los ladrillos sin revoque. Nos sentamos en fila. Ahora el único de pie era el coronel, que fumaba recostado en una palmera

En un momento apareció Magda, la hija de Emilia, con una bandeja, donde tintineaban vasos con jugo de naranja. Saludamos con una voz que parecía más distraída, más inocente, de la que correspondía a cada uno.

Como si hubiéramos tenido el mismo pensamiento y la misma manera de fingir que esa gacela nos era indiferente, que nadie había tenido una ocurrencia depredadora.

Rainer se levantó, dio unos pasos y la saludó con un beso en la mejilla. Era como de la familia. El coronel parecía conforme con la liviana seriedad de la situación. En un momento cada uno tenía su vaso y Magda desaparecía con la bandeja reluciente que se balanceaba, colgando displicente de su mano derecha.

Por fin se había ido; con la tensión provocada por su presencia. Grácil, frágil. O nada de eso, pero un cuerpo de mujer, un cuerpo joven que parecía delatar su ansiedad en cada gesto, algo que dejaba sin aliento. Algo entre la desolación y la esperanza. La ausencia de Magda, el jugo de naranja, la presencia del coronel, nosotros sentados en fila en ese banco, sin apoyar la espalda para no aplastar la enamorada-del-muro... era, como decirlo... inaudito. El coronel nos hizo pasar a una sala en penumbra donde uno podía adivinar los cortinados y el estilo de los muebles por lo que se perfilaba en la luz que llegaba desde unas bandoleras sobre las ventanas. Una sala de museo. O de iglesia. Antiguos sillones tapizados, un piano protegido por un paño de terciopelo. El piano que Magda había heredado de Delfina Cáceres, fallecida antes de cumplir los cincuenta años. Sobre el piano había un retrato de la bella señora, vestida de largo, que miraba desde la eternidad.

El coronel abandonó el silencio para decir que conocía por Rainer nuestras inquietudes; que deseaba escuchar lo que cada uno estaba dispuesto a decir.

Tenía que ser una orden, porque de otra manera la autoridad del coronel se reduciría a la de un presidente de consorcio y aquella reunión sería para discutir la conveniencia de cambiar la cerradura de alguna puerta común. En efecto, el coronel agregó con voz firme: Estoy esperando, muchachos.

Esas tres palabras, ese gerundio impaciente, sonó como un latigazo. Tuve la certeza de que Rainer nos había metido en una trampa, que cada uno vería marcado su futuro por cualquier cosa que respondiera. Entonces quise apurar el desenlace, decir algo para separarme del resto.

Coronel -la palabra sonó seria- coronel, no estoy seguro de que sea necesario hacer algo. Un proverbio Zen aconseja no torcer el curso de la vida...

## A renglón seguido

Germán GARCÍA

Me dije echo todo por la borda (terminología marítima empleada en el habla del común), pensando neutramente: si a los batracios se nos renueva la piel por completo varias veces al año; jugué con la idea absurda dando por sentado (cavilando como leguleyo) que cambiar era sencillo para una larva temblequeante y, huyendo hacia el futuro, mientras me convencía de estar en pleno proceso de cambio (frase de la jerga política), situación que muchas mujeres suelen afrontar recurriendo a la estética, sin hilar fino (regla de costurera); los lagartos no van al cielo (afirmación netamente religiosa), sentencí para mis adentros, hablando en potencial, y por primera vez en la vida oír mi patético gimoteo me alivió; salirse de uno mismo permite apreciar el panorama (parábola pseudo psicológica), pero los seres tristes no conseguimos dejar de serlo ni por un instante y es por ese motivo que todo esfuerzo es vano (enunciado pesimista a ultranza), aunque convirtiéndome en abogado del diablo -en latín: advocatus diaboli- (denominación popular que se le daba al defensor público en los procesos de canonización de la Iglesia Católica), de mí mismo -si se me permite el divague-, a renglón seguido (expondría un narrador), sin afán de lucro (fijaría un juez) la realidad supera la ficción (enunciado facultativo), balbucí apagando la luz pero padecía una trasnochada noche (nótese la creativa paronomasia) y no hice otra cosa que prenderla -figurativamente hablando (detallaría un artista visual)-, como para caer en la cuenta (alocución típica de contador público) de mi chiste malo con cierta temeridad de hombre rana; y, sin decir "agua va" (máxima de plomero), pensé para mis adentros (repaso de sordo mudo -en la modernidad hipoacúsico): mañana será otro día (obviedad campechana), tratando de contar ovejitas (antiguo remedo ineficaz para curar el insomnio), ole, ole.

Sergio FOMBONA

## El tren

Tenía el tiempo justo para tomar el tren. No podía llegar tarde otra vez al trabajo. Se habían agotado los apercebimientos y el Sr. Brunetti esperaba ansioso cualquier resbalón de mi conducta para echarme con justa causa. El tren ya estaba cerca de la estación. Se escuchaba el traqueteo, la campana de la barrera, el murmullo de los pasajeros que esperaban en el andén. Solamente dos personas en la fila frente a la boletería, de casualidad miré el suelo y vi el billete, un billete de 20 pesos, bien nuevo, bien rojo, demasiado rojo, es verdad, pero pensé que apurando al boletero, con el tren tan cerca, lo más probable es que pasara.

Y pasó el billete y me volvió un boleto de tren con el vuelto. Guardé el dinero en el bolsillo y encaré al guarda esgrimiendo el boleto en la mano derecha. Los pasajeros habían descendido y quedaban muy pocos de los que subían al tren. El guarda se demoró muy poco mirando el boleto, pero esa vacilación fue suficiente para que las puertas del tren se cerraran y la formación entera se alejara de la estación, de mí, de mis ilusiones por conservar el trabajo. Inmediatamente vi venir otro tren. Subí en uno de los vagones del medio. Perfecto, todavía podía salir todo bien.

Dos estaciones después un guarda controlaba y picaba los boletos de los pasajeros. Cuando se acercó, me pareció que tenía los labios pintados y una base de maquillaje blanco en la cara, y también, cuando me fijé mejor, le vi una lágrima dibujada en un pómulos.

El guarda notó que yo lo miraba con curiosidad. En un tono de confidencia me dijo “Usted es el que pagó el boleto con un billete falso, comprenderá que le vendieron un ticket también falso, como corresponde”.

¿Entonces me va a imponer una multa? –pregunté.

No, claro que no, las multas se aplican en los trenes de verdad, este es un tren falso.

¿Un tren falso?

Claro, y yo soy el guarda falso de este tren –me explicó y me guiñó un ojo.

El tren entró en la terminal, limpia, luminosa, a todas luces también falsa, a un horario perfecto, lo que me permitió llegar al trabajo a tiempo como para recibir la sonrisa bienhechora del Sr. Brunetti, el jefe de personal de mi falso trabajo. Así pude completar un día completamente bueno, regresando a mi casa, donde reina la paz y la armonía, como suele suceder en todas las falsas casas donde viven las familias falsas como la mía.

A veces quisiera encontrar un billete verdadero para volver a tomar el tren que me haga llegar tarde, pero luego me doy cuenta que mi añoranza del mundo real y de la verdad es puro capricho, y, en el fondo, es un poco falsa.

Roberto GÁRRIZ

## Los defensores de la noche

Yo conocí al verdadero fundador del movimiento, y es por eso que puedo hablar. Su nombre es Diego Cabrera, y sabe Dios

dónde se encuentra ahora. Estudiaba Letras conmigo en la Universidad. Su primera propuesta –y ya en ese momento descubrí su fervor- fue fundar una revista mural como otrora habían llevado a cabo famosos escritores. «No solo ofreceríamos poesía a esta gris ciudad, sino también cubriríamos todo lo desdenoso y sucio con nuestros papeles», me dijo en esa oportunidad, y esas palabras encerraban toda una ideología. Éramos varios, contagiados por su arenga artística, que salíamos con una camioneta a la madrugada, pegamento líquido, y escobillas. Al otro día, muchos barrios se despertaban con las pintarrajeadas paredes cubiertas de poesías de Baudelaire o Keats. En las siguientes noches, una casa o un bar servían para forjar el próximo número. Desde ese entonces ya nos llamábamos “Los defensores de la noche”, nombre acuñado por la vanidad y el alcohol. Diego aceptaba contribuciones de todo el mundo, y pronto fuimos innumerables. El movimiento era nebuloso en un principio, y el único antagonista, según su fundador, era la indiferencia hacia la belleza. Diego, hombre esencialmente sociable, supo tejer una red de pensamiento hacia otras universidades, y pronto aparecieron revistas murales en provincias como Córdoba y Santa Fe. No es verdad que solo estudiantes y artistas se afiliaron al movimiento. Aunque era apolítico, sé de comerciantes y funcionarios que se unieron a sus ideas. Dos años después, nosotros, el grupo inicial, nos limitábamos a discutir sobre las frivolidades de las sociedades y sus indiferencias hacia el arte en bares cerrados, porque la revista y los patrocinios y las conferencias y todo lo demás se encargaban de hacerlo personas anónimas. Los Defensores de la Noche pulularon en todo el país, desde el norte hasta el sur. Dibujaron en plazas, escribieron poemas en las estaciones de tren, hicieron figuras en la arena de la playa, cantaron su música en lugares imprevisos, enseñaron malabares en las calles... Algunos empresarios que financian obras de teatro lo hacen porque se consideran Defensores de la Noche.

A Diego lo perdí en uno de esos viajes por las provincias que él efectuaba para “no declinar la divulgación del movimiento”. Desconozco el éxito de esos viajes, pero sospecho que a él no le importa. Tan dispersa e indefinida es la sombra del movimiento, que hay quienes dicen ser los fundadores o creadores de algunos de los principios de los Defensores. Nosotros, mientras tanto, desde el bar donde edificamos los primeros números, nos reímos de todo aquello y seguimos urdiendo quimeras.

José Ignacio ALONSO